



LA BELLEZA  
Y EL DOLOR  
DE LA BATALLA

PETER  
ENGLUND

La Primera Guerra Mundial en 227 fragmentos

# LA BELLEZA Y EL DOLOR DE LA BATALLA

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL  
EN 227 FRAGMENTOS



# **LA BELLEZA Y EL DOLOR DE LA BATALLA**

**LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL  
EN 227 FRAGMENTOS**

**Peter Englund**

Traducción de  
Caterina Pascual Söderbaum

**Rocaeditorial**



Título original: *Stridens skönhet och sorg*  
Copyright © 2008 Peter Englund



Primera edición: marzo de 2011

© de la traducción: Caterina Pascual Söderbaum  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de la Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-225-4  
Depósito legal: M. 3.480-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.



## **Dedicado a la memoria de Carl Englund**

Soldado del ejército australiano, con número de servicio 3304,  
3.<sup>a</sup> División australiana, 11.<sup>a</sup> Brigada, 43.<sup>o</sup> Batallón de Infantería.  
Tomó parte en las batallas de Messines y Passchendaele en 1917.

Muerto en combate a las afueras de Amiens

el 13 de septiembre de 1918.

Se desconoce el lugar  
de su sepultura.

## Al lector

Es este un libro sobre la Primera Guerra Mundial. No es, sin embargo, un libro sobre qué fue esa guerra —es decir, sobre sus causas, su progreso, su final y sus consecuencias—, sino un libro sobre cómo fue. Lo que el lector encontrará aquí no son tanto factores como personas, no tanto procesos como impresiones, vivencias y estados de ánimo. Lo que he intentado reconstruir, más que el curso de unos acontecimientos, es un universo emocional.

El lector seguirá de cerca a veinte individuos, personajes reales todos, por supuesto (no hay en este libro nada ficticio, su contenido se basa en los documentos de diversa índole que dichas personas dejaron), rescatados del anonimato o del olvido, situados en las capas más bajas de la jerarquía. Y aunque en la conciencia colectiva la Primera Guerra Mundial haya pasado a convertirse —no sin razón— en sinónimo del barro de las trincheras del frente occidental, muchos de estos protagonistas se hallan en otros campos de batalla, como son el frente oriental, los Alpes, los Balcanes, África del Este o Mesopotamia. Mayoritariamente se trata de gente muy joven, hombres y mujeres de unos veinte años nada más.

De esta veintena de personajes dos caerán en combate, dos serán tomados prisioneros, dos se convertirán en héroes homenajeados y dos acabarán siendo, físicamente, unas piltrafas. Varios de ellos reciben la guerra con los brazos abiertos pero aprenden a aborrecerla; algunos la aborrecen desde el primer día; otro la ama de principio a fin. Uno de ellos perderá literalmente la razón y dará

PETER ENGLUND

con sus huesos en un hospital psiquiátrico; otro no llegará a oír ni un solo disparo. Y así sucesivamente. Pese a todas las diferencias en cuanto a destino, roles, sexo y nacionalidad les une el hecho de que a cada uno de ellos la guerra les robó algo: la juventud, las ilusiones, la esperanza, la humanidad; la vida.

La mayor parte de estas veinte personas vivirán experiencias dramáticas y atroces; sin embargo, lo que se pretende enfocar es el lado cotidiano de la guerra. En cierto modo este texto es un pedazo de antihistoria: lo que he querido es reencauzar a sus elementos más atómicos e ínfimos —es decir, al individuo y sus vivencias— un acontecimiento que, se mire por donde se mire, hizo época. Tal vez, en alguna otra parte, hable un día del escepticismo lleno de melancolía que me infunde esta mi profesión de historiador, cuyo impulso ha dado origen a dicha estrategia narrativa.

Lunes, 30 de junio de 2008,  
mientras la lluvia repica en los cristales  
**P. E.**

«... pues todos los tormentos y todas las torturas llevadas a cabo en las plazas de ejecución, en las cámaras de tortura, en los manicomios, en las salas de operaciones, bajo los arcos de los puentes en el otoño tardío: todo eso es una obstinada permanencia, todo subsiste y se aferra, celoso de cuanto existe, a su espantosa realidad. Los hombres querrían poder olvidar mucho; su sueño lima suavemente esos surcos del cerebro, pero los sueños lo rechazan y vuelven a trazar el dibujo. Y se despiertan, anhelantes, y dejan fundirse en la oscuridad el resplandor de una luz, y beben como agua azucarada esta media luz apenas calmante. Pero ¿en qué afilada arista se sostiene esta seguridad? El menor movimiento, y ya la mirada se hunde más allá de las cosas conocidas y amables, y el contorno, consolador un instante antes, se precisa como un reborde de terror.»

Rainer Maria Rilke,  
extracto de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, 1910

«Era un verano espléndido como nunca y prometía serlo todavía más; todos mirábamos el mundo sin inquietud. Recuerdo que en mi último día de estancia en Baden paseé con un amigo por los viñedos y un viejo viñador nos dijo: “No hemos tenido un verano parecido desde hacía mucho tiempo. Si sigue así, tendremos una cosecha nunca vista. ¡La gente recordará el verano de 1914!”.»

Stefan Zweig,  
extracto de *El mundo de ayer*, 1942



## Dramatis Personæ

ELFRIEDE KUHR - colegiala alemana,  
12 años

HERBERT SULZBACH - artillero alemán,  
20 años

RICHARD STUMPF - marinero de un aco-  
razado alemán, 22 años

PÁL KELEMEN - oficial del ejército de  
Austria-Hungría, húngaro, 20 años

ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI - ingeniero  
del ejército ruso, 22 años

FLORENCE FARMBOROUGH - enfermera  
del ejército ruso, inglesa, 27 años

KRESTEN ANDRESEN - soldado del ejér-  
cito alemán, danés, 23 años

MICHEL CORDAY - funcionario de un mi-  
nisterio francés, 45 años

ALFRED POLLARD - infante del ejército  
británico, 21 años

WILLIAM HENRY DAWKINS - ingeniero  
del ejército australiano, 21 años

SOPHIE BOCHARSKI - enfermera del ejér-  
cito ruso, 21 años

RENÉ ARNAUD - infante del ejército fran-  
cés, 21 años

RAFAEL DE NOGALES - oficial de caballe-  
ría del ejército otomano, venezo-  
lano, 35 años

HARVEY CUSHING - cirujano de campaña  
del ejército norteamericano, 45 años

ANGUS BUCHANAN - infante del ejército  
británico, 27 años

WILLY COPPENS - piloto de combate del  
ejército del Aire británico, 27 años

OLIVE KING - conductora del ejército  
serbio, australiana, 28 años

VINCENZO D'AQUILA - infante del ejército  
italiano, italoamericano, 21 años

EDWARD MOUSLEY - artillero del ejército  
británico, neozelandés, 28 años

PAOLO MONELLI - cazador de montaña  
del ejército italiano, 23 años

*Las edades indicadas marcan los años  
que los personajes tenían cuando estalló  
la guerra; las designaciones muestran su  
ocupación principal durante el tiempo  
que duró la contienda.*



EDWARD MOUSLEY



FLORENCE  
FARMBOROUGH



ELFRIEDE KUHR



HERBERT SULZBACH



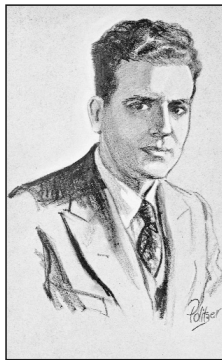
OLIVE KING



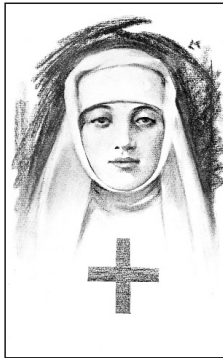
KRESTEN ANDRESEN  
(A LA IZQUIERDA).



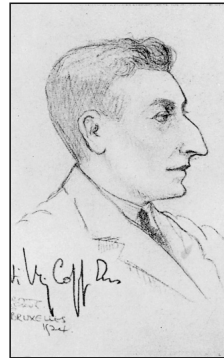
RAFAEL DE NOGALES



VINCENZO D'AQUILA



SOPHIE BOCHARSKI



WILLY COPPENS



WILLIAM HENRY DAWKINS

# 1914

Partir a la guerra, no por el oro ni los bienes, no por el honor ni por la patria, tampoco para perseguir la muerte del enemigo; sino para fortalecer el carácter, fortalecerlo en cuanto a fuerza y voluntad, en cuanto a temple, disciplina y costumbres. Por eso quiero ir a la guerra.

## Cronología

- 28/6 Asesinato en Sarajevo del príncipe Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, y de su esposa.
- 23/7 Ultimátum del Imperio Austrohúngaro a Serbia.
- 28/7 El Imperio Austrohúngaro declara la guerra a Serbia.
- 29/7 Rusia moviliza tropas hacia la frontera austrohúngara en apoyo de Serbia.
- 31/7 Alemania exige que Rusia detenga la movilización pero esta prosigue.
- 1/8 Movilización general en Alemania y en Francia, la aliada de Rusia.
- 2/8 Tropas alemanas penetran en Francia y Luxemburgo, tropas rusas entran en la Prusia Oriental.
- 3/8 Alemania exige que Bélgica permita el paso de las tropas alemanas. La exigencia es rechazada.
- 4/8 Alemania invade Bélgica. Gran Bretaña declara la guerra a Alemania.
- 6/8 Tropas francesas penetran en la colonia alemana de Togo.
- 7/8 Rusia invade la Prusia Oriental alemana.
- 13/8 El Imperio Austrohúngaro invade Serbia. Al cabo de un tiempo la empresa fracasará.
- 14/8 Tropas francesas se adentran en la provincia alemana de Lorena, pero son rechazadas.
- 18/8 Rusia invade la provincia austrohúngara de Galitzia.
- 20/8 Cae Bruselas. Tropas alemanas avanzan hacia el sur, rumbo a París.
- 24/8 Inicio de la invasión aliada contra la colonia alemana del Camerún.
- 26/8 Inicio de la batalla de Tannenberg. La invasión rusa de la Prusia Oriental es contenida.

- 1/9 Inicio de la batalla de Lemberg.  
El resultado es una importante derrota para el Imperio Austrohúngaro.
- 6/9 Inicio de la contraofensiva francobritánica junto al Marne.  
La marcha alemana sobre París es contenida.
- 7/9 Inicio de la segunda invasión austrohúngara de Serbia.
- 11/9 En occidente se inicia la denominada «carrera hacia el mar».
- 23/9 Japón declara la guerra a Alemania.
- 12/10 Tiene lugar la primera de varias batallas en Flandes.
- 29/10 El Imperio Otomano se suma a la guerra del lado de Alemania.
- 3/11 Rusia invade la provincia otomana de Armenia.
- 7/11 La colonia alemana de Tsingtao en China es conquistada por tropas japonesas y británicas.
- 8/11 Se inicia la tercera invasión austrohúngara de Serbia.
- 18/11 Se inicia una ofensiva otomana en el Cáucaso.
- 21/11 Tropas británicas ocupan Basora en Mesopotamia.
- 7/12 Inicio de la segunda batalla de Varsovia.

## 1.

*Martes, 4 de agosto de 1914*

ELFRIEDE KUHR PRESENCIA EN SCHNEIDEMÜHL  
LA PARTIDA DEL 149.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA.

Anochecer de verano. El aire es cálido. Suena una tenue música a lo lejos. Elfriede y su hermano están en el interior de su vivienda en la Alte Bahnhofstrasse número 17, a pesar de lo cual les llegan los acordes. Poco a poco el sonido aumenta en potencia, y ellos comprenden. Se lanzan a la calle en dirección al edificio ocre de la estación semejante a una fortaleza, ante el cual la plaza se ve negra de gente. La iluminación eléctrica está prendida; a Elfriede se le antoja que ese resplandor blanquecino y mate hace que las hojas de los castaños parezcan hechas de papel.

Elfriede escala la verja de hierro forjado que separa el edificio de la estación de la plaza abarrotada de gente. La música se oye más próxima. Ve un tren de mercancías que aguarda en la vía tres. Ve que la locomotora echa vapor. Ve que las puertas de los vagones están abiertas, y en ellas vislumbra a los reservistas de paisano que se disponen a ser movilizados. Los hombres se asoman, saludan con la mano y ríen. Al mismo tiempo la música va sonando más y más fuerte, propagándose con mayor nitidez y sonoridad en la tibieza del aire nocturno. Su hermano grita:

—¡Ya llegan! ¡Los del Ciento cuarenta y nueve!

Es a ellos a quienes todos aguardan: al 149.º Regimiento de Infantería, la unidad de la propia Schneidemühl. Se dirigen al frente occidental. «El frente occidental»: el concepto es nuevo. La guerra

PETER ENGLUND

es por los rusos, todos lo saben; fue en respuesta a la movilización rusa por lo que se movilizó al ejército alemán, y los rusos atacarán pronto, todo el mundo lo sabe.<sup>1</sup> A los habitantes de Pomerania la amenaza proveniente del este es la que más les preocupa, en eso Schneidemühl no supone ninguna excepción. La frontera rusa se encuentra a menos de 150 km de aquí y, por si fuera poco, la gran vía principal Berlín-Königsberg atraviesa longitudinalmente la ciudad, lo cual hace prever que sea un objetivo natural del poderoso enemigo del este.

De los habitantes de Schneidemühl puede decirse más o menos lo mismo que de los políticos y generales que, a tientes, vacilantes y dando traspiés, han conducido a Europa a la guerra: la información existe, pero es casi siempre insuficiente u obsoleta, haciendo que para compensar la escasez de datos haya que recurrir a conjeturas, figuraciones, esperanzas, temores, ideas fijas, supuestas conspiraciones, sueños, pesadillas, rumores. Aquí en Schneidemühl, al igual que en decenas de millares de ciudades y aldeas de todo el continente, estos días se construye una imagen del mundo hecha de una materia efímera y fraudulenta: las habladurías. Elfriede Kuhr tiene doce años, es una niña inteligente e inquieta de trenzas rojizas y ojos verdes. Ha oído decir que unos aeroplanos franceses han bombardeado Núremberg, que un puente ferroviario ha sido atacado en Eichenried, que tropas rusas avanzan hacia Johannesburgo, que agentes rusos han intentado asesinar al príncipe heredero en Berlín, que un espía ruso ha intentado hacer volar la fábrica de aeroplanos de las afueras de la ciudad, que un agente ruso ha intentado propagar el cólera a través de las aguas municipales y que un agente francés ha intentado volar los puentes sobre el Kudrow.

Nada de lo cual es cierto, pero eso no quedará claro hasta más adelante. En estos momentos la gente parece dispuesta a creerse lo que sea, cuanto más inverosímil mejor.



Para los habitantes de Schneidemühl, como para la mayoría de los demás alemanes, esta es, en última instancia, una guerra defensiva, una guerra impuesta desde el exterior que no hay más remedio que llevar a cabo. A ellos, tanto como a sus equivalentes de ciudades y aldeas similares en Serbia, el Imperio Austrohúngaro, Rusia, Francia, Bélgica y Gran Bretaña, los embarga el temor y la esperanza, pero sobre todo un ardiente y profundo sentido de la justicia, porque lo que se avecina es una fatídica lucha contra las tenebrosas fuerzas del mal. Sobre Schneidemühl, Alemania y Europa, se bate una poderosa oleada de emociones que se lo lleva todo y a todos por delante. Lo que nosotros percibimos como tinieblas es para ellos una luz.

Elfriede oye que su hermano la llama y no tarda en verlos por sí misma. Allí llegan, fila tras fila, los soldados con sus uniformes grises, sus botas cortas de cuero claro sin curtir, sus grandes mochilas y sus cascos prusianos con fundas de paño gris. Les precede una banda de música militar que, al aproximarse al edificio de la estación y a la masa de gente, toca con brío esa conocida melodía que todos se saben a la perfección. Los soldados entonan la letra y cuando llega el estribillo los espectadores se adhieren. El himno retruena imperioso y potente en la noche de agosto:

*Lieb' Vaterland, magst ruhig sein,  
Lieb' Vaterland, magst ruhig sein,  
fest steht und treu die Wacht, die Wacht am Rhein!  
Fest steht und true die Wacht, die Wacht am Rhein!²*

En el aire retruenan los tambores, las botas militares, los vítores y los cantos. Elfriede anota en su diario:

Llegó finalmente el 149.º marchando hombro con hombro e inundó los andenes como una marea gris. Todos los soldados llevaban largas guir-

PETER ENGLUND

naldas de flores colgando del cuello o atadas al pecho. De la boca de sus rifles salían ásteres, alhelíes y rosas, como si pensarán disparar con flores contra el enemigo. Los rostros de los soldados eran graves. Yo me había imaginado que reirían y gritarían de alegría.

Pero Elfriede acaba descubriendo a un soldado que ríe: es un teniente a quien reconoce. Se llama Schön, le ve despedirse de sus familiares y luego le ve abrirse paso a codazos y alejarse por entre la muchedumbre. Ve que recibe de los que le rodean constantes golpes en el hombro, abrazos y besos. Le gustaría gritarle: «Hola, teniente Schön». Pero no se atreve.

Suena la música, sobre la masa humana se agita una capa de sombreros y pañuelos, silba el tren de los reservistas de paisano, se pone en marcha, todo el mundo vitorea, saluda con la mano o llama a alguien. Pronto también el 149.º partirá. Elfriede baja de un salto de la valla, pero la masa de gente la engulle y tiene la sensación de que van a aplastarla, a asfixiarla. Distingue a una anciana con los ojos enrojecidos por el llanto. La mujer grita de un modo que parte el corazón: «¡Paul! ¿Dónde está mi Paul? ¡Dejad por lo menos que vea a mi niño!». Anegada por ese mar de espaldas, barrigas, piernas y brazos que la zarandean, Elfriede no tiene modo de saber quién es Paul. Conmovida, o tal vez más bien agradecida por tener algo en que fijar su atención en medio de ese confuso y abrumador hervidero de imágenes, emociones y ruidos, Elfriede, entre apretujones, reza una breve oración: «¡Buen Dios, protege a ese Paul! ¡Condúcele de nuevo a su madre! ¡Por favor te lo suplico, por favor, por favor!».

Mira a los soldados que pasan de largo, y a su lado un chiquillo mete una mano anhelante entre las frías rejas de la valla de hierro. «¡Eh, soldado, adiós!» Uno de los portadores del uniforme gris coge aquella mano extendida, la estrecha. «¡Adiós, hermanito!» La gente se echa a reír, la orquestina toca *Deutschland, Deutschland, über alles*, algunos entonan el himno mientras un largo convoy de va-

gones adornados con flores resuella en el andén de la vía uno. Suena el toque de una trompeta, y en el acto los soldados comienzan a subirse al tren. Maldiciones, bromas, órdenes. Un soldado rezagado pasa corriendo frente a Elfriede, que observa tras la verja. Ella se arma de valor, alarga su mano hacia él y murmura un tímido: «¡Buena suerte!». Él la mira, sonrío y agarra al vuelo el puño de ella: «¡Hasta la vista, niña!».

Elfriede lo sigue con la mirada. Lo ve subirse a uno de los vagones de mercancías. Lo ve girarse y dirigirle una mirada. El tren se pone en marcha, al principio despacio, luego más y más deprisa.

Los vítores se convirtieron en alarido, los rostros de los soldados se apretujaban en las puertas abiertas, las flores volaban por los aires, y de repente muchas de las personas allí congregadas rompieron a llorar.

¡Hasta la vista! ¡Nos veremos en casa!  
¡No temáis! ¡Pronto estaremos de vuelta!  
¡Celebraremos las Navidades juntos, madre!  
¡Sí, sí, sí, vuelve sano y salvo!

Y del tren en marcha se eleva un potente coro. Ella solo capta una parte del estribillo: «*In der Heimat, in der Heimat, da gibt's ein Wiedersehen!*».<sup>3</sup>

Luego los vagones se adentran en la oscuridad y desaparecen. El cielo de una noche de verano. El aire tibio.

Elfriede está conmovida. Camina hacia su casa al borde de las lágrimas. Mientras anda sostiene ante sí la mano estrechada por el soldado, como si pudiese retener algo extremadamente preciado y a la vez muy frágil. Al subir por las escaleras mal iluminadas del inmueble de la Alte Bahnhofstrasse 17 se la besa, rápidamente.

PETER ENGLUND

## 2.

Sábado, 8 de agosto de 1914

HERBERT SULZBACH ES ADMITIDO EN EL 63.º

REGIMIENTO DE ARTILLERÍA DE CAMPAÑA DE FRÁNCFORT

Han sido días de exaltación, de una gran exaltación. Y de cierta inquietud, aunque muy poca. Ya los últimos días de julio empezó a escabullirse de sus tareas en el banco para apretujarse entre la muchedumbre que se agolpaba frente a las oficinas de los diarios, y cuando más tarde se anunció la movilización él se sumó al júbilo general. El sentimiento de defenderse contra un ataque injusto llena a la gente de «una enorme fuerza. Por mucho que lo intente me resulta imposible referir el espléndido humor y el desenfrenado entusiasmo que nos embargaba a todos».

Su nombre es Herbert Sulzbach, un alemán de 20 años afincado en Fráncfort del Meno. Su familia es judía, pero de la alta burguesía, acomodada, asimilada, liberal. Se considera al abuelo paterno de Herbert uno de los fundadores del Deutsche Bank, y hasta se dice que el káiser le ofreció al abuelo un título nobiliario que él rechazó. De Herbert su familia espera que se involucre en el negocio familiar. En octubre estaba planeado que se mudara a Hamburgo para hacer «prácticas comerciales». Pero la guerra se interpuso.

Herbert, sin embargo, no se considera víctima de ninguna catástrofe. Ya antes del estallido de la guerra fantaseaba con la idea de desechar esa mudanza a Hamburgo, desechar la carrera que le espera dentro de la industria comercial y hacerse soldado. «Tengo 20 años, la mejor edad para hacerse soldado.» Al día siguiente del estallido bélico se alistó voluntario, esperando que el regimiento de Artillería de Campaña local, el 63.º, le aceptase.

Pero ¿y si no era así? La inquietud se debe principalmente a eso. Nada menos que 1.500 voluntarios han solicitado servir en ese regimiento. Solo hay plaza para 200.

Los letreros en idiomas extranjeros han empezado a desaparecer de las tiendas.

Hay toque de queda a partir de las once de la noche. Se dice que un avión enemigo ha sobrevolado la ciudad. El automóvil de la familia, de la marca Adler, ha sido confiscado por los militares. También Berthold, el sirviente, ha sido llamado a filas. De hecho, muchos de sus parientes y conocidos han sido ya movilizados. Pero ¿y si a él no lo aceptan?

Sin embargo, este es un día feliz para Herbert Sulzbach. Ha resultado ser uno de los elegidos:

«Soy soldado por fin. Conmuevo tanta afabilidad por parte de todo el mundo. Las chicas se muestran muy preocupadas todas, muy maternas».

Se topa con varios de sus antiguos compañeros de colegio durante el reclutamiento. El reencuentro es feliz. Todos servirán en el mismo batallón. Los uniformes que les designan son azules.

### 3.

*Jueves, 20 de agosto de 1914*

RICHARD STUMPF COPIA UN POEMA A BORDO DEL SMS HELGOLAND

Está indignado en lo más hondo. Una nueva declaración de guerra, una nueva nación que se adhiere a los enemigos de Alemania. Esta vez Japón. Los gobernantes de Tokio se han proclamado entre los primeros de una lista creciente de oportunistas bélicos que, en la fluctuante inestabilidad del momento, aprovechan para agenciarse algo, principalmente territorio. Japón acaba de entregar un ultimátum al Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín exigiendo que todos los buques de guerra alemanes abandonen Asia y que le sea cedida la colonia alemana de Tsingtao.<sup>4</sup>

PETER ENGLUND

La ira de Stumpf se desborda. Las invectivas racistas salen a borbotones: «Solo a esos perros amarillos de ojos torcidos se les podía ocurrir una exigencia tan ultrajante». Sin embargo, no duda de que las tropas alemanas de la lejana Asia les darán una buena tunda a «esa banda de monos amarillos».

Richard Stumpf es un marinero de la Flota de Alta Mar del Imperio Alemán, tiene 22 años de edad y, aunque oriundo de la clase trabajadora —antes de alistarse hace dos años se ganaba la vida de chapista—, es un católico ferviente, miembro de un sindicato cristiano y nacionalista declarado. Como a muchos otros le embriaga el júbilo por el estallido de la guerra, sobre todo porque eso implica que por fin ha llegado la hora de ajustar cuentas con los pérfidos ingleses; según él, la «verdadera causa» de que Gran Bretaña haya tomado partido en el conflicto se debe «a la envidia que sienten por nuestro progreso económico». Algunos hombres de uniforme saludan con un «*Gott strafe England*» (Que Dios castigue a Inglaterra) al entrar en una sala, en cuyo caso es de rigor contestar: «*Er strafe es*» (Que así sea).

Stumpf rebosa inteligencia, chovinismo, curiosidad y prejuicios. Tiene oído para la música y lee mucho. La fotografía muestra a un joven de pelo oscuro, rostro ovalado y ojos muy juntos con una boca pequeña y decidida. Este día Stumpf se halla en el mar, junto a la desembocadura del Elba, a bordo del gran acorazado *SMS Helgoland*; ha servido en ese buque desde que se enroló.<sup>5</sup>

Allí mismo se encontraba cuando estalló la guerra.

Richard recuerda que los ánimos estaban decaídos cuando el buque fondeó en el puerto debido a que las noticias que les habían ido llegando mientras navegaban en alta mar no eran nada excitantes; la gente se quejaba por doquier y decía: «Tanto revuelo para nada». Sin embargo, a nadie se le permitió desembarcar; al contrario, cargaron municiones y descargaron lo superfluo. Hacia las cinco y media se dio la señal de «todo el mundo a cubierta» y los

hombres se apresuraron a formar. Después, uno de los oficiales de la nave, con mucha decisión y un papel en la mano, les hizo saber que esa noche tanto el ejército como la Armada serían movilizados: «Ya sabéis lo que eso significa: guerra». La orquesta del buque tocó con brío una melodía patriótica que todos entonaron con entusiasmo. «Nuestra alegría y excitación no tenían límite y duraron hasta muy entrada la noche.»

Pero en medio de todos esos vítores se barrunta ya una extraña asimetría. La energía desatada es colosal y parece arrastrar a todo el mundo. Stumpf toma nota, entre otras cosas y no sin satisfacción, de que varios escritores radicales que se han hecho famosos por sus acerbas y reiteradas críticas a la era del káiser Guillermo II ahora redactan altisonantes soflamas de solemne patriotismo. Lo que queda anegado en este maremoto de emociones inflamadas es la cuestión de *por qué* hay que luchar. Son muchos los que como Stumpf creen saber de qué va la cosa «en realidad» y esa «causa real» está ya sepultada bajo el hecho de *estar* en lucha. La guerra muestra los primeros signos de convertirse en su propio objetivo. Pocos son ya los que mencionan Sarajevo.

Incluso Stumpf opina que mucha de la propaganda dirigida en contra del creciente número de países enemigos se pasa de la raya. Como esa vulgar postal que acaba de ver en una tienda en la que un soldado alemán está a punto de propinarle una azotaina en el trasero a un militar enemigo que tiene tendido sobre sus muslos al tiempo que les espeta a otros que hacen cola: «¡Sin empujar! A todos os tocará el turno». O como la rima que se ha hecho rápidamente popular, canturreada por los niños callejeros y garabateada con tiza en los vagones de tren que transportan a los soldados movilizados: «*Jeder Schuss ein Russ, Jeder Stoss ein Franzos, Jeder Tritt ein Britt*» («Cada disparo, un ruso; cada golpe, un francés; cada patada, un inglés»). Pero otras cosas le han conmovido profundamente, como el poema del popular autor Otto Ernst publicado en

PETER ENGLUND

el diario nacionalista *Der Tag* que comenta justamente el hecho de que Alemania esté en guerra contra siete Estados. El poema le conmueve hasta tal punto que lo copia, sin saltarse una línea, en su diario. Dos de las estrofas rezan:

*O mein Deutschland wie must du stark sein  
Wie gesund bis ins innerste Mark sein  
Dass sich's keiner allein getraut  
Und nach Sechsen um Hilfe schaut.*

*Deutschland wie musst du vom Herzen echt sein  
O wie strahlend hell muss dein Recht sein  
Dass der mächtigste Heuchler dich hasst  
Dass der Brite von Wut erblasst.<sup>6</sup>*

Y el final:

*Morde den Teufel und hol dir vom Himmel  
Sieben Kränze des Menschentums  
Sieben Sonnen unsterblichen Ruhms.<sup>7</sup>*

En realidad, la exaltada retórica y el exacerbado tono de la propaganda no son indicaciones de lo mucho que está en juego, sino de todo lo contrario, precisamente. Y aunque si bien existen conflictos, ninguno es tan insoluble que haga necesaria la guerra, ninguno lo suficientemente acuciante como para hacerla inevitable. Esta guerra solo se volvió inevitable en el momento en que se consideró como tal. Cuando las razones son vagas y los objetivos difusos hay que echar mano de la energía que contienen las palabras sabrosas y chorreantes. Richard Stumpf se las traga a lengüetadas y después se pone a divagar, ebrio de lenguaje. Y a su alrededor el



acorazado *SMS Helgoland*, indeciblemente pesado y pintado de gris, se mece entre las olas, aguardando. Del enemigo todavía no hay ni rastro. Se percibe cierta impaciencia a bordo.

#### 4.

*Martes, 25 de agosto de 1914*

PÁL KELEMEN LLEGA AL FRENTE EN HALICZ

En un principio le costó desembarazarse de la sensación de que aquello no eran unas simples maniobras más. Todo comenzó en Budapest. Pál recuerda cómo le miraban los transeúntes al cargar su equipaje en un coche de punto y cómo él, vistiendo el uniforme de los húsares, con sus pantalones de color rojo, su capote azul, su dolmán de paño azul cielo con alamares y sus botas altas de cuero, se abrió paso a empujones entre el infinito mar de gente de la Estación del Este y a codazo limpio subido a un tren para acabar encontrando plaza de pie en un pasillo. Y recuerda cómo lloraban las mujeres: una de ellas se habría caído de no ser por un desconocido que la pescó al vuelo. Una de las últimas cosas en las que Pál se fijó mientras el tren se ponía en marcha poco a poco fue en un hombre mayor que corría tras los vagones intentando captar una última imagen de su hijo.

Tras el caluroso —si bien no demasiado incómodo— viaje en tren se presentó ante el regimiento de húsares de Szeben, como era lo habitual. Quien lo recibió no le dedicó ni una mirada siquiera, se limitó a decirle adónde debía dirigirse, y esa misma tarde, bajo un radiante sol de agosto, Pál se fue a Erfalu, donde tenía lugar la movilización, y tomó alojamiento en casa de un campesino, como era lo habitual.

A continuación, los procedimientos usuales se sucedieron uno tras otro: acuse de recibo de material, incluidos la silla de montar y